

ALFONSO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ ¿LA MASCULINIDAD EN CRISIS?

MONTESINOS, Rafael. *Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Biblioteca Iberoamericana de Pensamiento, Gedisa, Barcelona, 2002.

En este ensayo de Montesinos, quien antes ya había explorado el campo del género cuando escribió junto con Bourdieu el libro *Masculinidad*, se nota el énfasis por abarcar desde la raíz los actuales procesos sociales de deconstrucción de lo masculino y de las masculinidades, y lo hace a partir del contexto sociocultural generado paradójicamente desde la revolución sexual y las luchas feministas de los años sesenta, que dieron inicio a un proceso social complejo mediante el cual se formaron otras identidades femeninas no hegemónicas, que en lo individual y en lo colectivo han ido asumiendo ac-

tivamente las mujeres, incrementando simultáneamente su participación en el poder en lo público y en lo privado.

Se pregunta el autor si este trabajo de las mujeres tuvo algún efecto en los hombres. Así pues, manifiesta que este activismo de las mujeres obligó a pensar lo masculino y la *masculinidad* de otra manera, de tal forma que los hombres fuimos empujados por el movimiento feminista a comenzar a deconstruir (como ya lo habían hecho las mujeres) el concepto de lo masculino y la masculinidad, para así tratar de cambiar esa identidad genérica tradicional que aún se quiere mantener. Sin embargo, los intensos cambios económicos, además de los socioculturales y políticos, también nos han condicionado a modificar las bases materiales y simbólicas en las que hasta la fecha se apoyaba el rol que hemos tenido los varones como proveedores de la familia, rol que ha sostenido hasta la fecha en gran proporción la imagen hegemónica de la masculinidad por

el usufructo del poder que otorga aún dicho rol a los varones.

En el mismo sentido, las condiciones actuales han variado de tal forma que las prácticas sociales entre los géneros están induciéndonos a los hombres, lo desearos o no, a otras formas de ser, al mismo tiempo que a una crisis de identidad que se ve confrontada entre los viejos referentes simbólicos y los actuales, que emergieron a raíz de las luchas feministas esencialmente, y por los cambios globales en la economía y en el campo de los derechos humanos.

Ante el panorama descrito, el autor explora las condiciones en que surge lo que se ha dado en llamar *nueva masculinidad*; primero, cuenta los aportes de los estudios de género hechos por las mujeres, para ir de allí a una revisión de los enfoques contemporáneos de la masculinidad, sin pasar por alto las diferentes expresiones que moldean la identidad en la praxis social (y aquí me permitiría llamar a dichas

expresiones identidades y masculinidades en plural; es notable que el autor, por alguna razón, elude nombrarlas en plural en casi todo el texto a menos que, como pudiera parecer, esté implícito el concepto de masculinidades en el de masculinidad). Continúa con la revisión de la influencia que tiene la familia en la construcción de la masculinidad, para luego abordar uno de los ciclos vitales que más pesan en la identidad y por tanto en la masculinidad, al revisar la juventud como un proceso de aprendizaje. En seguida dedica otros capítulos a dar cuenta de algunas variables importantes, entre las cuales están el machismo y las expresiones eróticas como una fuente notable para el intercambio simbólico entre los géneros, así como de algunas manifestaciones de la sexualidad que constituyen un código definido de la identidad masculina para, finalmente, entrar al campo de la paternidad.

Como se anotó más arriba, el autor manifiesta en el primer capítulo que su

ensayo no puede ignorar los aportes que se hicieron a partir de los "estudios de la mujer" y las propuestas feministas, sobre todo de aquellos que se trabajaron desde la perspectiva de género y que muestran indicios de acuerdos que dimensionan el progreso de los trabajos de investigación acerca de las relaciones sociales entre los géneros.

Las contribuciones hechas por los estudios de la mujer en un principio y ahora por los estudios de género, facilitan de una manera importante la investigación sobre la identidad masculina, al introducir en la discusión una mirada diferente para interpretar la realidad social, poniendo en evidencia el orden social que tiene como soporte la asignación de roles que ratifican la diferencia sexual.

En este capítulo revisa la transición que han tenido las mujeres en la modernidad como un paso a una nueva identidad femenina, partiendo de los antecedentes de la subordinación histórica de la mujer ante el hombre y la

lucha de las mujeres por la construcción de una nueva identidad que revierta la situación tradicional de la mujer en el patriarcado, que ha sido construida a partir de la ecuación mujer=madre. Luego, en el campo del feminismo de la igualdad, señala que éste fue, como corriente ideológica, el que comenzó a develar formalmente la condición de sometimiento de las mujeres y encaminó su discurso al logro de la igualdad entre los hombres y las mujeres en los campos jurídico, laboral y social, de tal modo que las mujeres puedan acceder a esos espacios *prohibidos* culturalmente por el patriarcado. No podía faltar la aportación de las feministas de la diferencia, que luchan por la valoración de lo femenino como una estrategia política al señalar que no son *lo otro* de la masculinidad, revalorando el significado de ser mujer en el mundo occidental.

Llega después a *los estudios de género* y señala que en la actualidad éstos tienen un estatus importante y

similar al de otras categorías de análisis como la etnia, el sexo y la religión. Posteriormente da cuenta de la discusión acerca de la categoría de género como una categoría analítica y un antecedente para llegar así a definir la identidad genérica.

Después dedica un apartado a la mujer moderna y al reto de vencer la resistencia de las estructuras premodernas en una sociedad mexicana que está todavía profundamente diferenciada. Finalmente, llega al campo de las nuevas representaciones, en donde muestra una mirada a las representaciones simbólicas emergentes de las mujeres con poder, que surgen de un proceso cultural que rebasa los patrones impuestos por la sociedad tradicional y que la llevan al espacio público y a la toma de decisiones en ese espacio, que se traduce en poder.

En el segundo capítulo, Montesinos pasa revista a algunos aportes hechos por otras disciplinas sociales y se propone delinear en una primera vista las

peculiaridades de las interpretaciones que sobre la masculinidad hacen las diversas disciplinas sociales, además de ensayar algunas ideas que a partir de lo sociológico faciliten la comprensión de las contribuciones hechas por la historia, la psicología y la antropología, principalmente.

Señala que el enfoque histórico ha sido útil para recordar los casos significativos de la crisis de género masculino, que hacen posible tener una perspectiva panorámica del carácter que adopta actualmente dicha crisis.

Desde la antropología social y su énfasis en penetrar en el estudio de las relaciones sociales, se aporta un conjunto de elementos que ayudan a focalizar la representación que desempeña cada uno de los géneros en la reproducción de las relaciones sociales en el campo de las estructuras de poder y de lo simbólico.

Conforme predominan los estudios de sociedades tribales, se ha consta-

tabo que la masculinidad y la femi-
nidad se expresan de diversas formas
(masculinidades y feminidades) de-
pendiendo de la cultura de la que se
trate.¹

Es importante tomar en cuenta que
implícitamente en el párrafo anterior
se hace referencia clara a lo que aque-
llos que trabajamos el tema nombra-
mos en plural, masculinidades y
feminidades, aunque, como el autor
sostiene, "la masculinidad no se ex-
presa de manera universal, pues no se
trata de un rasgo social constante, sino
de manifestaciones propias de diferen-
cias culturales que coexisten en un
momento determinado de la historia
(y en un mismo espacio) sin negar el
predominio de formas de expresión (di-
ferentes) de la misma masculinidad".²

¹ Rafael Montesinos. *Las notas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Biblioteca Iberoamericana de Pensamiento, Gedisa, Barcelona, 2002, p. 77.

² *Idem*.

Queda claro en este capítulo que
con los aportes de la antropología y
la psicología se puede sustentar que la
identidad genérica se desarrolla a par-
tir de un proceso de construcción so-
cial, de tal manera que no corresponde
a un mandato biológico o natural,
como lo han manifestado, entre otros,
más recientemente, Mead y Godelier.

El aporte de la psicología social se
da en función de los instrumentos que
pone a la disposición de los y las in-
vestigadoras para el análisis de la es-
tructura subjetiva del sujeto y a partir
de la cual los varones asumimos nues-
tra masculinidad. Asimismo, la psico-
logía ha contribuido a considerar que
en las relaciones sociales se dan efec-
tos negativos propiciados por los ras-
gos de la masculinidad hegemónica y
que se manifiestan particularmente en
las relaciones de poder, cuyo uso lo
han detentado históricamente los va-
rones.

En cuanto a las contribuciones del
enfoque sociológico, éstas se han dado

en el campo de la interpretación de las relaciones de género en los diferentes contextos de interacción social; al mismo tiempo que está al tanto de las variaciones en el ámbito de la cultura y de sus consecuencias en la conformación de las nuevas identidades de género.

En este capítulo, el autor señala también la importancia de tener como referentes teóricos básicos en el campo de la sociología a tres corrientes que han dejado profunda huella en la comprensión de la cultura contemporánea; la primera representada por Agnes Heller y que nos lleva a considerar el efecto dinámico de la cultura sobre la emergente identidad masculina; la segunda se refiere a los supuestos aportados por D. Bell, en donde sostiene que los cambios modernos y las prácticas sociales oponen una resistencia a la dinámica transformadora compuesta por lo político y lo económico. La tercera corriente parte del supuesto de que la identidad masculina está en crisis como conse-

cuencia del cambio cultural y que esto obstaculiza a los varones el reconocimiento claro de los referentes de la cultura que les conducían a la construcción de su identidad genérica. Aquí, el autor hace un señalamiento importante cuando se refiere a la propuesta de M. Kaufman acerca de la necesidad que tenemos los hombres de construir nuestra identidad (masculina) separada de los referentes culturales tradicionales y que, en este caso, el autor manifiesta que constituye la propuesta central de este ensayo.

Finalmente, hace una revisión un tanto breve de los estudios sobre los estereotipos y los mitos acerca de la masculinidad, la sexualidad, el machismo y sobre la influencia de la familia en el rol de proveedor económico.

Ya en el tercer capítulo, que habla de la "nueva identidad masculina", el autor hace una consideración final sobre los aportes de las otras ciencias al estudio de la masculinidad, cuando nos advierte que "la interpretación ortodoxa

de cualquier disciplina social reduce el tratamiento de un objeto de estudio extremadamente complejo",³ y señala que en este apartado nos dará cuenta de las particularidades del proceso en que se presenta la crisis de identidad masculina y, por tanto, de las situaciones en que se produce, entre las cuales están las presiones provocadas por la emergencia del nuevo papel de las mujeres, por un lado; por el otro, el solo hecho de transformarse puede representar una amenaza para el imaginario colectivo y el estatus actual de los varones. Es así como en este contexto, en el que confluyen diversas variables de corte económico, social y político, se puede distinguir un cambio incipiente en los valores que guían las relaciones sociales y que "alteran" las prácticas que reproducen la vida cotidiana y que dan lugar al surgimiento de una nueva masculinidad.

Es así que desde la antropología y la sociología se propone que las identidades genéricas que surjan tendrían que promoverse a partir de un cambio global que sirva de guía para la renovación de las estructuras simbólicas, que se opongan en primer término a las identidades hegemónicas, reflejo de las sociedades autoritarias y, asimismo, que fomenten nuevos modelos de comportamiento con base en una idea genérica balanceada que acabe con la subordinación de alguno de los géneros; es decir, la construcción de una nueva masculinidad.

En el cuarto capítulo, dedicado a las relaciones familiares y la masculinidad, el autor lanza algunas tesis en las que procura ensayar a la luz de la vida cotidiana a la masculinidad, ya que, de acuerdo con su interpretación, esta última nos remite de manera constante a las relaciones entre los géneros que se replican en primer término en el espacio privado y más tarde en el público.

³ *Ibid.*, p.103.

Para transitar hacia el objetivo de identificar los conflictos sustanciales que los varones sufren durante el desafío cotidiano al intercalar el contexto público y privado, se estudia aquí la problemática familia-masculinidad precisamente a través de la familia como una expresión de la vida cotidiana y, en consecuencia, en constante interacción con el entorno; en este trance, para abordar la discusión sobre la vida cotidiana prefiere hacer una síntesis entre lo teórico-conceptual y el análisis empírico, hace una mediación sustentada en altos niveles de análisis, basa su argumentación por la preferencia de este método de análisis en el supuesto de que no hay teoría sin *praxis* y en la búsqueda de la relación entre los elementos que dan forma a la unidad ... *de material y lo simbólico*; es por eso y ante la imposibilidad de analizar las diferentes posturas teóricas, que elige revisar sintéticamente la vida cotidiana y la masculinidad a la luz de los trabajos que sobre el primer tema ha desa-

rollado Agnes HÉller, para luego hacer el enlace entre las manifestaciones de la vida cotidiana en relación con el tema de familia y género, escalando a partir de este último tema diversos puntos de discusión, como la influencia de la familia en la identidad genérica y otras variables, como el ser ella la portadora de la tradición, la crisis de la masculinidad por no ser ya el único proveedor y por el hecho de compartir el poder con las mujeres.

En este mismo apartado aborda las cuestiones relacionadas con la juventud y la masculinidad al revisar la identidad genérica y sus conflictos a la luz de la cultura y el género, en donde un elemento significativo es el de la paternidad como referente importante en la construcción de la personalidad del varón, ya que el *sentirse padre es sentirse hombre* ... cita el autor a Mildworf.⁴ Finalmente, no olvida tratar el campo de la sexualidad y la reproducción

⁴ *Ibid.*, p. 175.

como elementos importantes en la autoconfirmación de la masculinidad. Cienra con el señalamiento de las dificultades que tenemos los varones para asumir nuestro compromiso con las mujeres para lograr construir una nueva y equitativa identidad masculina, por medio de una resignificación simbólica, que dé cuenta del cambio concreto de la práctica social y, como consecuencia de éste, la modificación en la reproducción de la vida cotidiana, con todas sus consecuencias en lo individual y en lo colectivo.

En el último capítulo nos habla primero de la sexualidad en la perspectiva de la práctica de hombres y mujeres, como un referente ordenador que da cuenta en parte del saber acumulado y que guía el interés de analizar esta variable por medio de testimonios en los campos de la salud reproductiva, la sexualidad, la procreación, los métodos anticonceptivos y la paternidad. Aquí, mujeres y hombres junto con prestadores de servicios de salud re-

productiva nos refieren situaciones concretas al ofrecer testimonios que pueden coincidir o no con los supuestos teórico-conceptuales, pero que contribuyen a confirmar que los cambios culturales en el campo de la sexualidad están avanzando.

En la otra parte de este capítulo, hace un ensayo sobre el erotismo como una parte significativa de la relación simbólica entre los géneros, espacio en que se reencuentran mujeres y hombres y donde se mezcla lo concreto y lo simbólico "para dar cuenta, si bien de nuestra animalidad, también de nuestra humanidad: el erotismo".⁵

A manera de conclusión, el autor cienra su ensayo al señalar que una característica de estos tiempos son los vientos de cambio, y unos de los principales han sido las transformaciones de las identidades genéricas y concomitante a dicha variación es el surgimiento de nuevas relaciones de género,

⁵ *Ibid.*, p. 235.

sin que esto quiera decir de ningún modo que se han superado, ni mucho menos, las desigualdades; por el contrario, esto da cuenta de los tremendos contrastes y contradicciones de la aldea global. Asimismo, se refiere al momento doloroso en que nos encontramos los hombres, que hasta ahora no alcanzamos a asumir la metamorfosis de la mujer, de los cambios en las relaciones genéricas, del poder compartido, del verme superados y aun, para unos, derrotados a veces por las mujeres. Nos dice el autor que esto se traduce aquí y ahora "en un instante de desconcierto, de dolor, de desencanto..."⁶ que no llegamos a entender porque tenemos internalizada una imagen de la mujer que discrepa notablemente de las expresiones emergentes de la identidad del género femenino.

A pesar de todo, y al parecer, se trata de un proceso irreversible, y es tiempo de poner realmente en práctica los enunciados por los que se lucha desde hace más de 200 años: la igualdad, la razón, la libertad y la justicia, y en esto las mujeres han comenzado temprano, aunque les falta; sin embargo, a los varones nos falta mucho más, se requiere un esfuerzo mayor que combata los patrones masculinos del pasado, acabarlos como patrones del hombre moderno "como sugiere Bobbio, el día en que la sociedad contemporánea imponga estructuras igualitarias entre los géneros, lo más seguro es que habremos alcanzado la democracia tanto tiempo añorada",⁷ termina citando Montesinos.

⁶ *Ibid.*, p. 20.

⁷ *Ibid.*, p. 23.